
5 METROS DE EDUCACIÓN (PERUANA)

PLANTEAMIENTOS PARA ABORDAR CRÍTICAMENTE LA CALIDAD EDUCATIVA EN PERSPECTIVA

Lic. César Ángeles Loayza

*La educación nacional no tiene un espíritu nacional; tiene más bien un espíritu colonial y colonizador...
No es posible democratizar la enseñanza de un país sin democratizar su economía
y sin democratizar, por ende, su superestructura política.*

(JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, DE "EL PROCESO DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA", EN 7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA)

RESUMEN

El título del presente trabajo parafrasea el del célebre libro de poemas del poeta puneño Carlos Oquendo de Amat (1905-1936), quien a sus 22 años publicó su única obra: *5 metros de poemas* (1927). Dicho libro-objeto, inspirado en los aires renovadores y vanguardistas de comienzos del siglo XX, fue su genial puesta en escena de una compleja ironía verbal acerca de la mercantilización en la que se inscribía (inscribe) la cotidianeidad de la urbe moderna en esos años, cuando el capitalismo se consolidaba en Occidente. Esos "5 metros" del poeta aludían al irónico diseño del libro: una única hoja de aproximadamente 5 metros, desdoblable como un acordeón y que, al abrirse, ofrece el panorama de poemas que corren uno detrás de otro, a manera de una película de cine. Así, se emparentaba la lírica, el género literario más sublime según el canon tradicional, con el sinfín de mercancías que circulaban en calles, tiendas y transacciones. La ironía era contra aquel mundo en trance de deshumanización, donde casi todo giraba en torno a la compra y venta en los mercados. Oquendo, como los grandes poetas de todo tiempo y lugar, sabía perfectamente que la poesía no se vende (en ambos sentidos de la palabra: comercial y éticamente hablando). Sea esta una manera de empezar el siguiente texto sobre la crisis y los retos de la educación (no solo) en el Perú. Sea un motivo, también, para rendir homenaje a un conterráneo del poeta Carlos Oquendo, el maestro José Antonio Encinas (1888-1958), aquel reconocido intelectual y pedagogo puneño que innovara la educación escolar en este país, al emprender su proyecto de escuela nueva en el Centro Escolar de Varones 881 (Puno). De ahí nació su libro *Ensayo de escuela nueva en el Perú*. Lo que sigue se inspira en ese camino creativo y crítico, partiendo, sin embargo, de la coyuntura actual.

PALABRAS CLAVE

Calidad educativa, desigualdad, dependencia, creatividad, conciencia crítica, redistribución económica, compromiso.

ABSTRACT

The title of this paper paraphrases the famous book of poems written by Carlos Oquendo de Amat (1905-1936), a poet born in Puno, who at age 22 published his one and only book: "Five meters of poems" (1927). The poet was inspired by the fresh and avant-garde trend of the early twentieth century. He brilliantly used a complex verbal irony to describe the daily life of the modern city of those years; a city tinged by trading for capitalism was consolidating in the West. The name "Five meters" is an irony of the book's design: a single paper sheet of approximately 5 meters, folded like an accordion that simultaneously offers a set of poems arranged one after the other, like a movie film stock, when opened. Thus, lyric - the most sublime literary genre, according to the traditional canon - becomes associated to the myriad of goods circulating in the streets, shops and transactions. Irony therefore was made against that world undergoing a process of dehumanization, where almost everything revolved around purchase and sale in the markets. Oquendo, as the greatest poets of all times and places, knew that poetry does not sell both commercially and ethically speaking. Let this be a way to start the following text about the educational crisis and challenges in Peru (not the only country). Let this be a reason to also honor a countryman of the poet: José Antonio Encinas (1888-1958), acknowledged intellectual and educator from Puno, who later innovated education by launching his new educational project in the Centro Escolar de Varones 881 (School Center # 881 for Boys) in Puno, and from where he got the inspiration to write a book called "Ensayo de escuela nueva en el Perú". This paper is inspired in this creative and critical path, starting, however, from the current juncture.

KEYWORDS

Educational quality, inequality, dependence, creativity, critical reasoning, economical redistribution, commitment.

Hablar de “la educación peruana” es abstraer que en la realidad hay diversos niveles educativos (diversas “educaciones peruanas”), y que no toda la población recibe la misma calidad.

1. La calidad de la educación es un asunto que está en primera línea de debate en el mundo de hoy, y más aún en países como el Perú, con grandes problemas y deficiencias en sus diversos niveles educativos. Tanto en el ámbito escolar, como en las escuelas técnicas, institutos y universidades, un fantasma parece recorrer aulas y patios: el problema de no hallarnos, en general, a la altura de los retos que toda sociedad que se pretenda moderna, democrática y próspera necesita en sus diferentes estamentos políticos y sociales. Y es que la educación no es un asunto restringido al ámbito de cierta formalidad para la adquisición y reproducción mecánica de conocimientos, o para obtener (si es rápido y fácil, mejor) títulos y grados diversos, sino que guarda esencial relación con el nivel de prosperidad general de un país.

Si una sociedad tiene índices educacionales deficitarios, con un pobre nivel de investigación, la consecuencia de ello será siempre depender de las tecnologías que llegan desde otras naciones y realidades. Es decir, se genera así un nefasto círculo de dependencia en la que algunos países proveen de conocimientos y capacidad tecnológica a otros que, al parecer, no son capaces de generarlos. Demás está decir que los vínculos de dependencia absolutos no son nunca recomendables, si se mira esto en relación con el proyecto por una nación verdaderamente sostenible.

Más aún, tal dependencia resulta inexcusable en un país como el Perú que, como vienen demostrando las investigaciones arqueológicas y antropológicas, entre otras, tiene una relevante tradición cultural andina, que en tiempos anteriores a la Conquista europea se caracterizó por contar con un grado de civilización rica y compleja en el terreno tecnológico. Más allá de idealizaciones del Imperio Inca (último y elevado estadio en el proceso histórico autónomo de la heterogénea tradición andina y también costeña) que no viene al caso incidir, y considerando que tal historia correspondió precisamente a eso, a un “imperio” con sus innegables diferenciaciones y estamentos, es probado que en diversos campos del saber (arqueología,

astronomía, medicina, culinaria, arte, agricultura, entre otras disciplinas) aquella sociedad, en tanto crisol de muchas otras subordinadas a su dominio, resultó trascendental en su momento histórico. De ahí que la civilización incaica sea considerada, junto con la maya y la azteca, como una de las tres grandes civilizaciones del periodo anterior a la Conquista europea en esta parte del mundo llamada América.

La invasión exitosa de españoles y europeos va a significar el truncamiento de dicha historia, debido a los constantes abusos y, sobre todo, a la orientación mercantil que los inmigrantes europeos fueron dando a su gesta, codiciosos de las riquezas principalmente mineras de estas tierras (¿suena actual?). Lo que siguió es conocido, y el ulterior periodo colonial no hará sino reforzar la expoliación y depredación de las culturas autóctonas, diezmándolas en diversos sentidos, empezando, claro, por el demográfico. Nada de lo dicho pretende ser, por cierto, una oda a algún retorno utópico a estadios históricamente superados, ni el discurso romántico contra la civilización occidental y por la idealización del universo andino. Está claro, además, que lo anterior no contradice el valor indudable que significa la heterogeneidad social y cultural en nuestra historia. El problema empieza cuando ello acontece atravesado por prácticas discriminatorias e injustas desigualdades. Por eso, al ser la educación un proceso eminentemente social, importa no perder de vista que sus aciertos y problemas en la actualidad hunden sus raíces en nuestra compleja historia, y es desde allí que conviene situarnos para plantear estrategias de mejoramiento y solución de serios como antiguos problemas en el Perú de hoy.

2. Por lo demás, hablar de “la educación peruana” es abstraer que en la realidad hay diversos niveles educativos (diversas “educaciones peruanas”), y que no toda la población recibe la misma calidad. Si tenemos en cuenta que desde la etapa colonial se consolidaron grandes diferencias y discriminaciones de nuevo tipo en estas tierras, por ejemplo, de la costa criolla sobre el mundo rural, o entre las poblaciones autóctonas y los europeos, principalmente españoles, es desde entonces cuando se gesta esta suerte de país fragmentado, dividido e irresuelto; el mismo que, como bien observó José Carlos Mariátegui en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (de donde tomo el epígrafe, con que destaco el rol pionero que le cupo a su autor en tanto crítico e ideólogo acerca del problema educacional), nunca pudo consolidarse como nación. Otra razón para lo anterior, señalaba el Amauta, fue que en la historia peruana antes que élites *dirigentes*, con un proyecto de crecimiento nacional, solo han habido élites *gobernantes*, que cedieron toda

iniciativa a los capitales extranjeros, y que inclusive guardaban (escondían) sus ganancias en bancos de otros países en lugar de invertirlos en nuestra realidad, donde tales ganancias se habían generado a costa del sudor de muchos peruanos y peruanas. Así, no hubo, en verdad, ningún proyecto sostenido de hacer de la joven República peruana una sociedad inclusiva, que dejase atrás las terribles divisiones de la etapa colonial. Por eso, Mariátegui señaló con razón que aquí las élites eran modernizadoras en la epidermis, pero con una actitud y mentalidad “semicolonial”, supeditando la prosperidad económica nativa al interés extranjero, haciendo de este país rico uno eminentemente exportador de materias primas. De esta manera, se sirvió a la consolidación del capitalismo de ultramar, pero el Perú, de la mano rota de sus gobernantes y el Estado peruano, empezaba a formar parte de los países más pobres y explotados del planeta. Y esta historia continúa hasta hoy, si atendemos a lo que sostienen diversos economistas y analistas políticos, quienes coinciden en que unas cuantas empresas transnacionales ganan más que la gran mayoría de peruanos, lo cual se ha acentuado en este segundo gobierno aprista. Veamos unas cifras:

El Primer Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2010, elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), lanza importantes luces sobre este punto y advierte que el Perú es el séptimo país en la región con mayor índice de desigualdad. El informe “Actuar sobre el futuro: romper la transmisión intergeneracional de la desigualdad” ajusta el Índice de Desarrollo Humano con el factor Desigualdad (IDH-D) y otorga así una mayor ponderación a los limitados logros alcanzados por los individuos de las clases menos favorecidas (...). Tenemos así que los países donde más cayó el índice de Desarrollo Humano en la región son Nicaragua (-47.3%), Bolivia (-41.9%), Honduras (-38.4%), Colombia (-26.9%), El Salvador (-25.8%) y Guatemala (-21%). Mientras que el Perú se ubica en el séptimo lugar del ranking con una caída de -19.2%. El informe profundiza en los factores que deprimen el desarrollo humano y destaca que el Perú es, por ejemplo, el país con la mayor desigualdad en el acceso al agua potable en toda América Latina, con una brecha de 57%. Mientras que en cuanto a la provisión de electricidad, la brecha alcanza el 55%. (Marilluz 2010: 12. Énfasis míos).

De ahí también que, salvo error u omisión, dichas clases gobernantes nunca tuvieron verdaderamente el objetivo de elevar los niveles educacionales de la población peruana. En todo caso, si hubo islotes de educación moderna, con cierta calidad y a la altura de

los cambios científicos en el mundo contemporáneo, los hubo para las minorías pudientes, casi nunca para las mayorías de este país, excluidas del festín seudo modernizante. El problema de la educación peruana, por eso, es principalmente de orden político. Y es en este terreno donde deben librarse todavía muchas batallas colectivas para resolver viejos asuntos de discriminación, indiferencia y desidia por parte del poder oficial, en contra de los intereses y necesidades de un país que precisa contar urgentemente con óptimos índices de educación masiva, si se quiere salir de la dependencia tecnológica y científica ya señalada, y del atraso histórico que ello conlleva.

Un país que no tenga políticas educativas sostenidas, efectivamente modernizadoras (y a la peruana manera, sin que sea calco ni copia de otras realidades), está reproduciendo en su juventud la certeza de que en estas tierras es imposible crear conocimiento, y al mismo tiempo se está sembrando la falaz idea de que solo queda admirarlo e importarlo de otras naciones. Pero no solo es un asunto de amor propio y autoestima como país (lo cual ya es trascendental, si consideramos la historia de exclusión y maltrato contra las mayorías reseñada líneas arriba), sino que una sociedad sin pensamiento crítico, sin investigación científica, sin inversión adecuada para fomentar la creatividad e imaginación en todos sus planos, es una sociedad que reproduce un espíritu carente de vida y con un sentido cívico en retirada. No debe sorprender, bajo esas condiciones, que tantos jóvenes peruanos hayan debido emigrar a otras latitudes, para obtener en otras tierras una formación profesional acorde con las múltiples necesidades y avances en el mundo de hoy. El Perú no ha sido un país organizado para generar conocimientos y aplicarlos en los diversos problemas de su propia realidad.

3. En este sentido, se precisa agitar la conciencia de los diversos estamentos vinculados a la educación. No solo ni tanto de las autoridades, sino sobre todo la de los propios jóvenes, sus familias, los maestros y la sociedad en su conjunto, que deben tomar conciencia de las necesidades perentorias en los diversos ámbitos educativos para ejercer presión social sobre el poder político y económico, y empezar de esta manera a saldar de una vez la gran deuda que hay con las mayorías nacionales por una educación con calidad.

No es posible que a comienzos del siglo XXI, por ejemplo, todavía tengamos escuelas y universidades públicas donde se carece de una infraestructura adecuada para el estudio, de bibliotecas bien equipadas, y de acceso a las nuevas tecnologías. No es posible que aún ahora los niños y jóvenes

peruanos deban repartir sus horarios entre sus labores académicas y sus tareas económicas en condiciones de explotación, o que carezcan de buena alimentación, buena atención sanitaria y adecuados hogares donde poder ejercer su derecho a formarse desde pequeños. Se escucha en estos tiempos que el crecimiento económico del Perú es más que satisfactorio, que los índices económicos tienen estándares reconocidos internacionalmente, y un largo etcétera economicista. Sin embargo, también es una verdad concreta que la distribución de dicha celebrada riqueza es muy injusta en el Perú, y que muy poco se ha invertido en el mejoramiento de la educación pública durante las últimas décadas. Sirva, solo como ejemplo, el siguiente dramático testimonio del catedrático sanmarquino Marcel Velázquez Castro:

El sistema universitario en el Perú ha colapsado y se ha convertido en una inmensa fábrica de producción de títulos a precio de liquidación (...). La informalidad ha derrotado a la institucionalidad, la ilegalidad se ha legalizado, la masificación empobrecedora ha arrinconado a las élites intelectuales, la estafa a nombre de la nación ha sustituido a la formación seria y laboriosa, la trasgresión es la norma (alumnos plagian trabajos monográficos o “peluquean” tesis ajenas, los profesores callan y las autoridades cobran)... La inversión del Estado en infraestructura, equipos y bibliotecas se realiza a cuentagotas y sin ningún proyecto o políticas nacionales. Desde hace muchos años, las universidades públicas generan recursos propios para sobrevivir, es decir, prolongar la agonía. El año 2009, la Facultad de Letras de San Marcos no pudo adquirir un solo libro nuevo porque la ridícula suma de 4500 soles previstos para sus seis escuelas profesionales y cerca de 2000 alumnos se tuvieron que asignar a la reparación de baños y la compra de carpetas (literalmente, los alumnos no tenían dónde sentarse). Ejemplos como estos pueden multiplicarse en una retahíla regida por la tristeza y el humor negro. (Velázquez Castro, 2010).

Demás está decir que una serie de problemas y taras sociales, hoy en primera línea de la vida nacional, como la delincuencia callejera, el abuso sexual, los maltratos contra personas con alguna debilidad física o mental, o con alguna discapacidad, y el antiguo resentimiento en nuestro país, van de la mano con lo que hasta aquí venimos reseñando. A lo largo de una historia como la nuestra, con tantas exclusiones y abusos impunes, sobre todo desde el poder, se ha ido constituyendo entre la población peruana una suerte de *cultura de supervivencia*, en la que el objetivo del “sálvese quien pueda” subordina y desplaza cualquier otra conducta solidaria y fraterna. De este modo, la pregunta que flota en el aire es ¿qué clase de nación se

puede constituir cuando cunde la desconfianza entre los propios ciudadanos, cuando impera el “todo vale” con tal de alcanzar solo objetivos individualistas, cuando desde los sectores gobernantes de turno no se establecen políticas de largo plazo ni se ven objetivos nacionales que propendan a la inclusión, en un proyecto democratizador que busque la prosperidad general y no de unos pocos? Con todo ello, la clase de educación que se imparte guarda una relación orgánica. Su realidad solo está reflejando cómo está el país en su conjunto, cuáles son sus principales contradicciones y por dónde apuntan sus soluciones. No es posible que siga habiendo las diferencias que hay entre centros educativos privados, con amplios recursos, frente a otros de carácter público que carecen casi de todo lo elemental para fomentar la adquisición de conocimientos actualizados. Incidamos en el mencionado hecho que muy poco se ha invertido en el mejoramiento de la educación pública durante las últimas décadas, con una cita o radiografía adicional, donde se comenta el proyecto *Niños del Milenio* –a cargo de GRADE y del Instituto de investigación Nutricional– en relación con la educación inicial en el Perú, sustento esencial de la escala formativa:

Si bien la ley General de Educación declara la educación inicial como gratuita y obligatoria, la inversión de apenas el 0,2 % del PBI para este periodo escolar parece impedirlo. ‘Lo cual resulta paradójico en el contexto de crecimiento económico que goza [SIC] el país’ se afirma en el estudio Transiciones en la Primera Infancia (...). El Ministerio de Educación da una dotación insuficiente de inmobiliarios y materiales, que obliga a los profesores a solicitar cuotas que, en muchos casos, significan un gran sacrificio para los padres más pobres. Lamentablemente, estos costos ocultos alejan a una buena porción de infantes y, obviamente, restan calidad en el aprendizaje. No en vano el Perú apareció en el 2008 como uno de los países, junto a India y Sri Lanka, que poseía las escuelas con menos recursos, con edificios deteriorados, falta de libros de texto, espacios para sentarse, entre otros aspectos inadecuados. (Espejo 2010: 24-25).

El mencionado factor económico también guarda estrecha relación con uno de los agentes centrales de la calidad educativa: los docentes. Si no se hace urgentemente una redistribución de la riqueza que, entre otras cosas, propicie que los maestros peruanos ganen sueldos decentes, que les permitan, por ejemplo, disponer de tiempo libre y recursos para profundizar su proceso formativo, se seguirá boicoteando a dicho estamento educacional que es central en cualquier proyecto renovador. Cabe aquí un último testimonio crítico del citado profesor sanmarquino Marcel Velázquez:

La indiferencia y el pragmatismo de miles de estudiantes universitarios han permitido su conversión en mercadería, alumnos descartables o meros clientes de un negocio que se basa justamente en su propia deshumanización. Por otro lado, los profesores solo ven en esta proliferación [de la oferta universitaria en el país] una posibilidad de multiplicar sus ingresos con el dictado por hora, el que a veces alcanza cifras estremecedoras: la Facultad de Derecho de la Universidad San Martín de Porres paga 15 soles la hora a sus profesores contratados, unos soles más de lo que gana un obrero capacitado de construcción civil (Velázquez Castro, 2010).

4. Pero si estas reflexiones pueden ponerse en cotejo dramático dentro de la ciudad capital, Lima, cabe extender dicha problemática educativa al ámbito nacional. Por mi experiencia personal y pedagógica en diversos lugares del país, he podido recorrer algunas provincias peruanas, donde las diferencias entre los niveles educativos son alarmantes. Hay pueblos y regiones del Perú donde las condiciones generales parecen haberse estancado en los comienzos del siglo XX o aun antes. Escuelas y universidades en mal estado, profesores con sueldos de hambre, herramientas pedagógicas antiguas o fuera de uso, además, por supuesto, de condiciones sociales y económicas de extrema pobreza, redundan negativamente en cualquier proceso educativo que se pretenda "de calidad". Lo que no implica soslayar, por cierto, la probada mística y vocación sincera de aquellos docentes peruanos que, aun en medio de terribles condiciones y carencias diversas, consiguen logros educacionales, literalmente, de forma heroica.

Hay que insistir: mientras no exista liderazgo en los diversos ámbitos del territorio nacional, mientras la juventud, los docentes, los padres de familia no salgan a reclamar sus derechos por una educación de calidad, *no habrá remedio*. Es hora de levantar la voz y ser críticos ante una historia educacional de desigualdades y carencias para el grueso de la población peruana. No se puede seguir en una actitud de pasividad esperando que, por un milagro, el Estado y las autoridades políticas comiencen con altruismo a poner en marcha estrategias de solución y mejoramiento de la calidad educacional. Los grandes hombres y mujeres de este país, que los hubo y los hay, y no son pocos, lo son y perviven en nuestra memoria porque supieron no callar cuando había que ser críticos, y supieron no cruzarse de brazos cuando había que cambiar el curso de la historia, o bregar por ello. Eso es lo que diferencia una ciudadanía pasiva de otra más bien activa. La ciudadanía no se define ni se agota en depositar un voto en cada elección cada cierto número de años. La ciudadanía se define y sostiene

en lo que cada uno de nosotros hace cotidianamente para que este lugar donde vivimos, y este mundo, en general, sea mejor de lo que heredamos. Para que, por fin, los objetivos mayoritarios prevalezcan sobre los intereses egoístas y mezquinos, que no buscan el enriquecimiento para la prosperidad colectiva, sino que entienden la riqueza como exclusión de muchos a costa de unos pocos. Basta ya de hacer la vista ciega y los oídos sordos. A ello también parece apuntar una de las varias conclusiones de la Comisión Europea en su informe "América latina: documento de programación regional 2007-2013":

Diferentes encuestas (Latinobarómetro, informe PRODDAL del PNUD sobre el gobierno democrático, entre otras) muestran que, aunque en los países de América Latina concurren en apariencia las condiciones fundamentales para la democracia, esta se ve amenazada por los graves problemas de pobreza y de desempleo, la falta de debate político, de participación de la sociedad civil, poblaciones indígenas y mujeres, por la fragmentación de la sociedad, en un contexto de concentración del poder político y económico en manos de una minoría. La cohesión social y la reducción de las desigualdades se revelan como elementos clave para la región (En: http://eeas.europa.eu/la/rsp/07_13_es.pdf. Énfasis mío).

En el Perú, como en otros lugares, hace falta una revolución sexual que acabe de una vez por todas con la violencia de género, con taras como la homofobia, el machismo primitivo e impune, y el maltrato cobarde contra menores de edad; asimismo, una revolución cultural, que asiente auténticos valores democráticos y que tenga la ética como norte colectivo, donde la batalla por una educación moderna y modernizante sea realidad; una revolución económica, donde la riqueza se dé al mismo tiempo que una justa distribución de la misma, porque carece de sentido que si ella nace del esfuerzo conjunto sea apropiada en beneficio de unos pocos; y una revolución política, donde quienes detentan cargos y puestos en el Estado, alcaldías y gobiernos regionales, no se benefician de sus privilegios a expensas del conjunto social, sino que coadyuven a las tareas sociales con responsabilidad, y que luchen desde sus puestos contra esa otra lacra social que es la corrupción, y al mismo tiempo contra la impunidad.

5. La problemática de la educación peruana no puede eludir todos estos retos, todos estos asuntos. No es fomentando una educación de espaldas a los problemas sociales y políticos como se ha de reinsertar dicho proceso educativo en las necesidades de nuestros pueblos. La educación no puede concebirse ni practicarse como algo fuera

de la realidad general (del escenario nacional y el internacional), sino que debe estar imbricada con las necesidades, las aspiraciones y los objetivos colectivos. De esta manera, por ejemplo, la juventud hará suya la tarea de formarse, y nada hay más provechoso que cuando tal cosa sucede. No se es verdadero estudiante sin motivación y compromiso por el propio proceso formativo. Y lo anterior no será posible si el alumnado, en sus diferentes estamentos, no se siente parte de dicho proceso, parte activa, con voz y voto, y de la mano de otros estamentos sociales. Esa es la manera como la educación y sus diversos sujetos comienzan a cobrar la dimensión social que nunca deben perder. Los problemas son tan complejos que abarcan diversos vectores, y todos quienes queremos una educación de calidad debemos conocerlos, tener una visión, una posición crítica, y una práctica que contribuya a resolverlos de forma integral. Si el problema es multidimensional, la solución también ha de serla. De esta manera, asimismo, más temprano que tarde, se refuerza la identidad de la población con su propia historia, con su propia tierra. En esta senda discurre el recomendable libro *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*, del psicoanalista y catedrático en la Universidad Católica del Perú, Jorge Bruce, del que tomo la siguiente opinión:

Está demostrado que modificar la calidad de la enseñanza es una tarea muy compleja, que requiere de una concertación de voluntades políticas y económicas, además de ideológicas, extraordinaria. En otras palabras, saben lo que hacen y por eso lo hacen (aunque pretendan lo contrario, tal como lo demuestra Juan Carlos Ubilluz al plantear su tesis del cinismo y la perversión del mundo criollo al ingresar en el capitalismo global) (Bruce 2007: 36).

Lo anterior se complementa con otra opinión suya, del mismo libro, en el sentido de que “En la medida que, gobierno tras gobierno, ese servicio público [la educación] continúa funcionando en condiciones deplorables para la mayoría de la población discriminada, esto permite mantener si no incólume, por lo menos vigente, el mito de la inferioridad biológica: ‘son brutos, ignorantes, ociosos, etcétera’” (36). Bruce redondea su afirmación citando al investigador León Trahtemberg, quien concluyó, en una entrevista periodística, que “la educación pública peruana es una estafa”. Pregunta (no tan) suelta: ¿solo la educación pública peruana lo es?, ¿qué cosa no lo es en Perú?

El poder oficial quiere una juventud acrítica, que padezca de amnesia y frivolidad políticas. Sabe que así no tendrá al frente la fuerza que lo desafíe ni cuestione. América Latina, en general, y el Perú dentro de ella, están conformados por una mayoritaria población joven. Como decía el maestro Manuel González Prada, “¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!”. Se refería, empero, a la actitud, al espíritu vital, antes que a la mera edad cronológica. El propio González Prada era un hombre adulto cuando incrustó dicha sentencia en su recordado “Discurso en el Politeama”.

Sigamos esa senda. De esta manera también saldremos al frente de otra experiencia nefasta de estos tiempos: el populismo que hace creer a algunos que por inaugurar más escuelas, más universidades, ya se está resolviendo el problema de la educación peruana. No se trata de mayor cantidad (ni metros ni toneladas) de edificaciones, sino de solucionar los hondos problemas interconectados en la historia y sociedad peruanas de los que aquí se ha dado cuenta, de forma somera y abiertamente polémica.

REFERENCIAS

Bruce, Jorge (2007). *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.

Comisión Europea (2007). Informe: América latina: documento de programación regional 2007-2013. http://eeas.europa.eu/la/rsp/07_13_es.pdf/ Reg. 8 octubre 2010.

Espejo, Karen (2010). Primera infancia. Una lección pendiente. En: Domingo de La República, 26 de setiembre: 24-25.

Mariátegui, José Carlos (1928). El proceso de la instrucción pública en 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima: Biblioteca Amauta.

Marilluz, Omar (2010). En el país hay crecimiento sin desarrollo. En: La República 09/09/10.

Velázquez Castro, Marcel (2010). La universidad en el Perú o el matrimonio del cinismo y el autismo. En: Quehacer, Nº 177, Lima: 52-57.

LIC. CÉSAR ÁNGELES LOAYZA

Licenciado en Lingüística y Literaturas Hispánicas. Becario en el 38º Curso Iberoamericano para Profesores de Lengua y Literatura (AECL) en Madrid. Docente en la Universidad Ramón Llull de Barcelona (España) y en la Universidad Libre (FU) de Berlín (Alemania) y en el Perú. Ha publicado libros de poesía y ensayos.